

Una entrevista

Fuente: Club Cultura

30 de septiembre de 2009

César Rendueles me entrevistó hace algún tiempo para una de las revistas culturales que más me interesan de este país, *Ladinamo*. En esa entrevista tratamos de algunas cuestiones a las que me he venido refiriendo en este blog de un modo u otro. Mis respuestas podrían ser parte de una de esas entradas anteriores, o bien el inicio de algunas nuevas. La dejo ahora aquí por ello: porque reconozco en estas cuestiones, preguntas y respuestas, algunas de mis preocupaciones (y de mis obsesiones). Y porque la entrevista no trata de ser un "elogio" (o un autoelogio) sino una "conversación". Le estoy agradecido a César por ayudarme a pensar.

1. ¿Cómo entiendes el género autobiográfico? Lo pregunto porque, más allá de las cuestiones obvias relacionadas con el pudor o la sinceridad, me da la impresión de que lo utilizas como una especie de sustituto del ensayo, como una forma de abordar cuestiones teóricas.

Tienes razón. Sería algo así como un ensayo donde es "importante" ese yo, esto es, quien "ensaya", donde no hay otra validez que la que otorga la primera persona... No, no es mesianismo ni egocentrismo: me explico: en ocasiones, muchos ensayos están escritos desde una tercera persona que "sanciona" y, aparentemente, nos está diciendo: todo esto es verdad, desde una distancia casi demiúrgica... Sin embargo, a mí me interesa dejar claro que lo dicho en mis libros autobiográficos es "particular", es decir, imperfecto, sin grandes verdades, una verdad sólo mía, pequeña, llena de contradicciones casi siempre... La posible verdad de estos textos autobiográficos está garantizada sólo por ello: por lo autobiográfico. Tienen sólo ese valor... Ojalá algún lector les conceda más, pero sólo puedo hablar desde la experiencia y desde la conciencia de un desclasado que, sin embargo, tiene todavía, paradójicamente, conciencia de clase... Me interesa dejar claro que esos textos hablan desde un yo incluso marginal... Aunque, eso sí, como decía, un yo que aspira a contener otras voces, a ser un yo colectivo. En ese espacio conocido, incluso manido, entre la realidad y el deseo se escribieron *Unas vacaciones baratas en la miseria de los demás* y *Cultivos*. Y también entre la idea de ficción y la de documento... Por otra parte, y he reflexionado mucho sobre ello últimamente, quizá nos sirvamos de la escritura autobiográfica para "mejorarnos", para fingirnos perfectos. O para hacernos perdonar. En ocasiones ese reconocernos (los demás pueden llegar a funcionar como espejos para nosotros) es una medicina (muchas veces sólo placebo) contra el dolor, contra algunos dolores que nos deja, nos trae, la vida... Nosotros, quienes nos mentimos, quienes nos inventamos, nos reconocemos en el dolor, vino a escribir Pavese, quizá siguiendo a Nietzsche. Quería decir que nos reconocíamos en nuestro dolor y en el dolor de los otros. Escribimos, escribo, sobre mí mismo porque quizá mi identidad aún esté en construcción, no sé si incompleta hasta mi muerte. Y hay un dolor que brota siempre de lo que no comprendemos de nosotros mismos, de nuestra identidad. Sería un dolor colectivo no sufrimiento individual, porque es algo que está ligado a lo que algunos llaman experiencia vital común... En fin: nos defendemos de ese dolor universal con la literatura, escribiendo sobre nosotros mismos para autocrearnos, para ser otros.

2. En tus textos hay una intensa presencia de reflexiones relacionadas con el arte contemporáneo (si me permites decirlo, toda una excentricidad, al menos en nuestro país), ¿de dónde procede esta línea de trabajo? ¿Te sientes cómodo con la teoría del arte y la crítica artística?

El espacio del arte contemporáneo es un espacio siempre en mutación, mucho más que el de la literatura. En ocasiones incluso parece que la reflexión sobre el arte de nuestro tiempo ha sustituido al debate sobre la filosofía en general. Quizá porque en el debate y en la reflexión sobre el arte siempre, siempre, aparecen cuestiones relacionadas con el mercado, es decir, con el capital y el papel del capital en el arte... Y esto es algo que no suele "tratarse" en otras artes, pocas veces se hace en la literatura, en la música... Es tan estrecho el espacio entre el arte de hoy y el mercado del arte que ahí se producen grandes convulsiones y grandes preguntas: a veces, se cae en la banalidad y en la mercadotecnia, pero de cuando en cuando reaparecen las preguntas fundamentales de todos los tiempos, que preguntan ahora sobre nuestro presente... Son debates, entonces, fructíferos... Comencé a leer sobre teoría y estética a los 16 años, luego creé junto a mi hermano y dirigí *Sub rosa*, una revista de estética, una especie de laboratorio que "hablaba" del papel del arte social, de los nuevos barroquismos, del lenguaje oral y escrito como nueva herramienta para el arte, digamos, plástico, etcétera. No puedo dejar de decir que en muchas ocasiones la retórica del arte de hoy es tan hueca, maniquea o falsamente "chicoterrible" que da risa. O que cabrea tanto que uno quiere volverle la espalda... Pero aún así, la interpretación del mundo que "emiten" algunas obras de arte del presente me parecen muy lúcidas, más que muchos ensayos.

3. Me parece que tu escritura tiene, a veces explícitamente, un tono generacional muy peculiar. Muchas de las referencias que manejas tienen que ver con los años ochenta, un momento de nuestra historia reciente sobre el que se ha reflexionado no muy poco pero posiblemente sí muy mal...

Nací en agosto del 68. Tenía 20 años en 1998. Fui niño, adolescente y postadolescente durante la década de los 80: me formé en ella, podría decirse. Ahora sabemos que mucho de lo que cambió y no cambió en nuestro país (incluso en el resto del mundo) tiene que ver con ese período, más aún que con los años 70: el nuevo conservadurismo, por ejemplo. En la política, en las artes, en la literatura. Muchos de los males del presente nacieron en esa década, o vieron la luz entonces. Es una década que no añoro. Salvo quizá algunos grupos de rock o de pop: porque retomaron, contra Reagan, contra Thatcher, un "espíritu" anterior y cantaron canciones de melodías felices llenas de mensajes que incitaban a reflexionar sobre lo terrible de aquel momento. Creo que de aquella década fue el pop (a pesar de algunos agoreros) quien mejor supo "narrar" el presente y activar la disidencia contra lo peor de ese presente.

4. En *Cultivos* hablas de cómo tu escritura ha evolucionado hacia formas más claras y precisas. ¿Se trata de un proceso deliberado?

Sí, es un proceso deliberado. Pero desde el primer libro. La búsqueda de lo esencial, de la precisión, incluso de una claridad no refñida con la confusión: confusión porque se trata siempre de textos sobre la vida o sobre las ideas. Y, al menos yo, no tengo claro aún todo lo que me preocupa sobre la vida y las ideas. Trato de "manejarme", de sobrevivir, en medio de lo complejo y de lo desconcertante, incluso de aquello que me produce perplejidad... Y para explicarme a mí mismo, para pensar, necesito cada vez más claridad: una prosa de sujeto, verbo y predicado apenas que me ayude a pensar.

5. En muchos de tus textos hay un permanente ajuste de cuentas con el mundo rural, una especie de conflicto no resuelto que retorna permanentemente,

¿de dónde procede esta experiencia?

La experiencia procede, valga el juego de palabras, de mi procedencia. Nací en un pueblo, lo más antepasado siempre vivieron en pueblos. Fueron agricultores. Amo y odio ese "espacio", esa es la verdad. Depende del momento que vivía, había más amor o más odio... Pasado el tiempo, me di cuenta que aquel era también el espacio que debía narrar, o el espacio donde debían suceder mis narraciones: pues era el espacio familiar (con todo lo que ello implica de pasión y de aborrecimiento al mismo tiempo). Y era también el espacio donde tuve conciencia por primera vez de quién era yo. Cuando lo perdí (o cuando comencé a perderlo: a los 10 años, y hasta los 18) comencé a sentir que aquella pérdida estaba construyendo también, para bien o para mal, mi conciencia política y mi idea del mundo en el que me gustaría vivir... Y lo digo sin falsa ingenuidad.

6. ¿Crees, como por ejemplo John Berger, que el mundo rural sigue siendo una fuente de potencialidades intelectuales y políticas o ese momento ya ha pasado?

Es muy diferente el campo español (o lo era hasta hace nada) del francés o del inglés. La Unión Europea nos va "igualando" a todos por el mismo rasero. Pero sí, creo que el mundo rural tiene un potencial político (quizá menos potencial intelectual) de primer orden... Al fin y al cabo, buena parte de nuestro estado sigue siendo rural, a pesar del crecimiento de las grandes ciudades centrales.

7. ¿Ha cambiado tu percepción de la escritura (propia y ajena) a causa de tu trabajo como editor?

Creo que me he vuelto aún más autocrítico. Como empecé a escribir tarde, y llevaba ya muchos años de lector *descreído*, siempre fui muy crítico con mis textos, pero ahora no puedo dejar de leerlo y releerlo y revisarlos con más fiereza aún... En cuanto a la escritura de los demás, siempre me han interesado, como lector (y el editor es, sobre todo, un lector) los textos que tenían un voltaje especial, un giro extra en el lenguaje, textos con riesgo y siempre bien asentados en una idea de la escritura que partiera de la tradición para reinventarse... Incluso textos que pudieran fracasar por su ambición, que se estrellaran, textos fracasados... A eso he aspirado también cuando he escrito, cuando escribo, mis propios libros. Con ambición, pero también con humildad.